

Los señores de las runas

David Farland

Traducción:
Myriam Gracia Bernabé



Título original: *The Runelords*
Primera edición

© 1998, David Farland, published by La Factoría de Ideas in arrangement with the author, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, U.S.A.

Ilustración de cubierta: Dan dos Santos via Agentur Schlück GmbH

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2008, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-425-0 Depósito Legal: B-40933-2008

Impreso por Litografía Rosés S. A.
Energía, 11-27
08850 Gavà (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. 11

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Dedicatoria

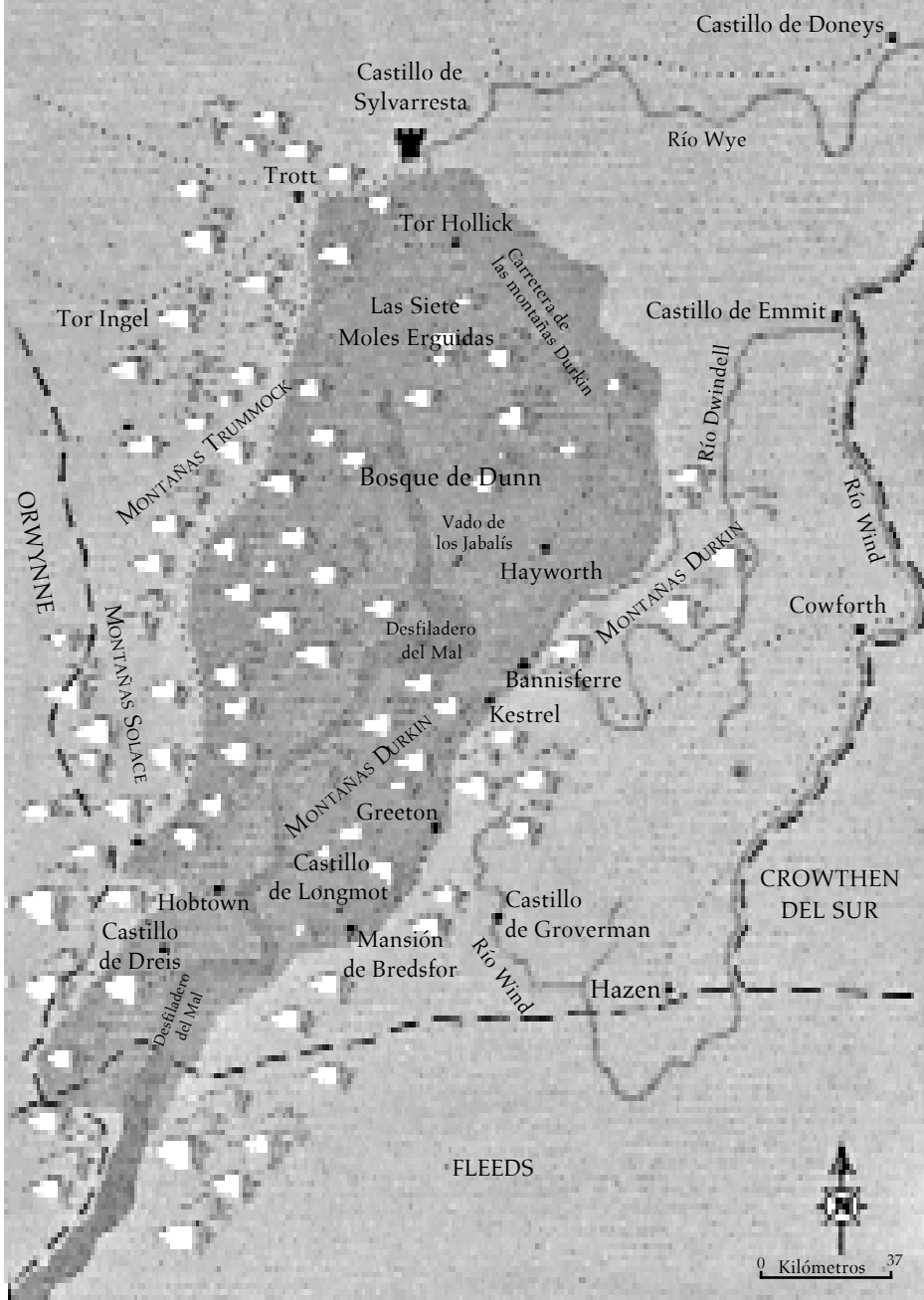
Debo agradecer la colaboración de muchas personas que ayudaron a dar forma a este libro. Quizá las más importantes entre ellas sean Jonathan y Laurel Langford, no solamente leyeron el libro una vez, sino dos y redactaron anotaciones detalladas. Además, debo dar las gracias a David Hartwell, Tad Dembinski y Tom Doherty, mis editores en Tor, por su esmero y consideración. Otras personas que aportaron un apoyo valioso fueron Lee Allred, Russell Asplund, Virginia Baker, Scott Bronson, Michael Carr, Grant Avery Morgan, Scott Parkin, Ken Rand y Bruce Thatcher, de Pilgrimage, mi grupo literario. Asimismo, debo dar las gracias a Les Pardew, Paul Brown tercero, Sandy Stratton, John Myler y Dave Hewitt.

Un agradecimiento especial a mi mujer, Mary, y a mis hijos, quienes vivieron sin padre mientras escribía.





Zona meridional de Heredon

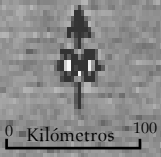
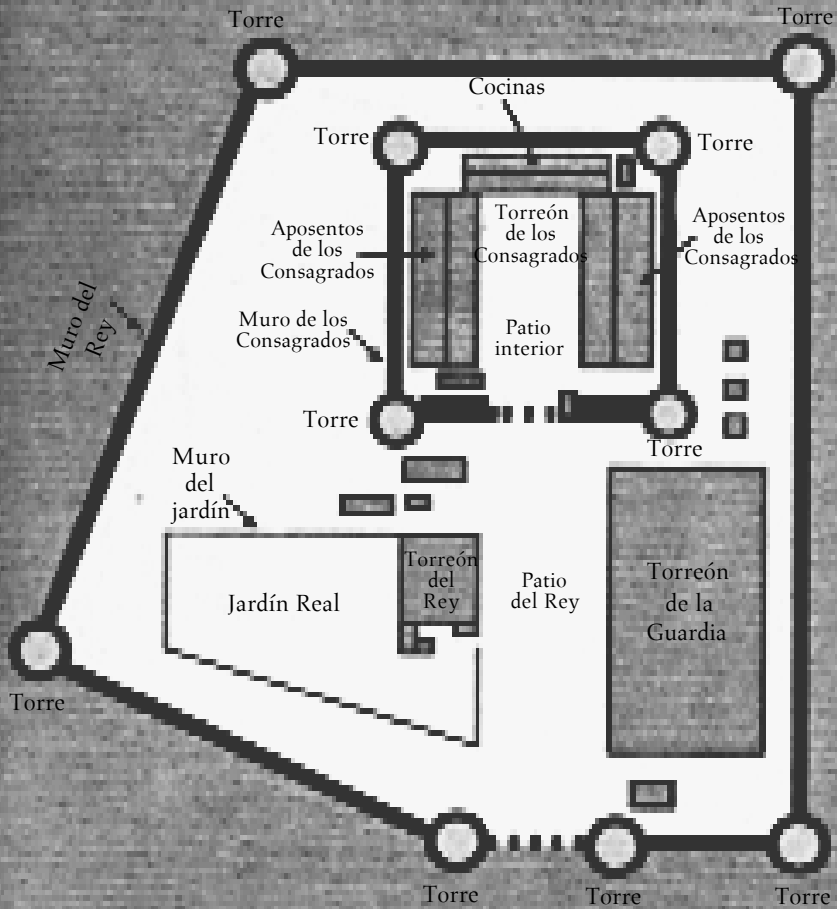


Ciudad amurallada de Sylvarresta

- ▣ Viviendas humildes
- ▤ Fincas señoriales
- ▥ Mercaderes ricos
- ▧ Posadas/Mercados
- ▨ Almacenes/Fábricas



Ciudad amurallada de Sylvarresta



Primer libro

Decimonovena jornada del mes de la cosecha

Un día espléndido para una emboscada

1

Comenzó en la oscuridad

En los alrededores del castillo de Sylvarresta, las efigies del Rey de la Tierra engalanaban la ciudad. Por todas partes se podían ver colgadas de los escaparates de las tiendas, erguidas contra las puertas de la ciudad, o clavadas junto a los umbrales; apostadas en cualquier lugar donde el Rey de la Tierra tuviese acceso a los hogares.

Muchas de las imágenes consistían en crudos objetos hechos a mano por niños, unas cuantas cañas retorcidas con forma de hombre, a menudo con una corona de hojas de roble en el pelo. Aunque en las puertas de las tiendas y las tabernas las imágenes eran más vistosas, hechas de madera y en tamaño natural, a menudo pintadas y peinadas minuciosamente, y con ropa de viaje de lana verde de calidad.

Por aquellos tiempos, se contaba que en la noche de Hostenfest el espíritu de la tierra ocupaba las efigies y el Rey de la Tierra despertaba, y era con ese despertar que el rey protegía a las familias durante otra estación y les ayudaba a recoger las cosechas.

Era esta temporada festiva y jubilosa. Durante la noche de Hostenfest, en los hogares, cada padre representaba el papel del Rey de la Tierra dejando regalos delante de la chimenea. Y así, al amanecer del primer día de Hostenfest, los mayores recibían botas de vino joven o barriles de cerveza negra; para las niñas el Rey de la Tierra traía muñecas tejidas de paja y flores silvestres, para los niños espadas o carros de bueyes tallados en fresno.

Todos estos presentes que regalaba el Rey de la Tierra representaban un símbolo de la riqueza del rey, las enormes reservas de «el fruto de los bosques y de los campos» que, según la leyenda, aquel concedía a los que amaban la tierra.

Así pues, los hogares y las casas en torno al castillo estaban bien adornados aquella noche, el decimonoveno día del mes de la cosecha, cuatro días antes de Hostenfest. Las tiendas estaban limpias y bien surtidas para la feria de otoño que se celebraría en breve.

Ya casi amanecía y las calles estaban desiertas. Aparte de los centinelas de la ciudad y algunas nodrizas, los únicos que tenían motivos para estar despiertos

tan tarde eran los panaderos del rey, quienes en aquel momento quitaban la espuma a la cerveza del rey y la mezclaban con la masa de las barras de pan para que fermentara antes del alba. Ciertamente que el río Wye estaba lleno de anguilas en su migración anual, con lo que uno podría pensar que algún pescador saldría por la noche. Pero los pescadores habían vaciado las trampas de mimbre una hora después de la medianoche y entregado barriles llenos de anguilas vivas al carnicero, a fin de que este las despellejara y las salara con bastante antelación al segundo turno de guardia.

Al otro lado de la muralla de la ciudad, los verdes pastos al sur del castillo de Sylvarresta se veían salpicados de oscuros pabellones ya que las caravanas de Indhopal habían viajado al norte para vender la cosecha de especias estivales. En los campamentos situados entre la muralla de la ciudad y la del castillo todo estaba tranquilo, a excepción del ocasional rebuznar de asnos.

Las murallas de la ciudad estaban cerradas, y todos los extranjeros habían sido escoltados fuera del barrio de los mercaderes hacía ya largas horas. A aquellas horas de la noche, no se movía un alma por las calles salvo algunos ferrín.

Por tanto, nadie podía presenciar lo que estaba ocurriendo en cierto callejón oscuro. Ni siquiera el oteador del rey, quien poseía el don de la vista de otras siete personas y montaba guardia en el nido del viejo pterodáctilo sobre el torreón de los Consagrados, hubiese podido avistar si allí abajo, en las angostas calles del barrio de los mercaderes, se movía algo.

Sin embargo, en el callejón del Gato, perpendicular al paseo de los Mantequeros, dos hombres forcejeaban entre las sombras intentando hacerse con el control de un puñal. De haberlos visto, ustedes pensarían que se trababa de tarántulas enzarzadas en una lucha: brazos y piernas retorciéndose frenéticamente mientras la cuchilla resplandecía vertical, enganchados mientras los pies buscaban a tientas dónde apoyarse en el desgastado empedrado, ambos hombres gruñían y tensaban el cuerpo con intenciones mortíferas.

Los dos hombres vestían de negro; el sargento Dreys, de la Guardia del Rey, vestía librea negra con el jabalí de la Casa de Sylvarresta bordado en plata. Su atacante vestía una holgada chilaba de algodón negro al estilo preferido por los asesinos procedentes de Muyyatin.

Aunque el sargento Dreys pesaba unos veinticinco kilos más que el asesino, poseía el don de la fuerza física de tres hombres y podía levantar trescientos kilos de peso sobre la cabeza sin dificultad, temía no poder vencer al otro.

El alumbrado de la calle consistía en el resplandor de las estrellas que escasamente penetraba en el callejón del Gato. El callejón apenas tenía dos metros de anchura y las casas de tres pisos se apoyaban sobre cimientos hundidos, de forma que los tejados combados casi rozaban a unos metros sobre la cabeza de Dreys.

El sargento apenas veía nada en el callejón, solamente distinguía el brillo de los ojos y los dientes de su agresor, un aro con perlas en el orificio nasal izquierdo, y el destello del puñal; el olor a bosque se aferraba a la casaca de este tan violentamente como el de anís y curri del aliento.

No, Dreys no se encontraba preparado para pelear allí en el callejón del Gato, sin armas y únicamente con un escrocón de lino que normalmente se ajustaba sobre la loriga, las calzas y las botas. Uno no suele ir al encuentro de la amante armado y con la armadura puesta.

Apenas hacía unos instantes que había entrado en el callejón para asegurarse de que no había centinelas en el camino, cuando oyó cierto estruendo detrás de una pila de calabazas amarillas junto a uno de los puestos del mercado. Dreys pensó que su presencia había interrumpido a un ferrin cazando ratones o en busca de algo de tela que ponerse, así que se volvió, esperando ver una criatura regordeta y con forma de rata que se escondía, y fue entonces cuando el asesino se le abalanzó desde la penumbra.

Ahora el asesino se movía rápidamente, sujetaba el puñal firmemente, transfiriendo el peso de una pierna a otra, y haciéndolo girar. La cuchilla centelleó peligrosamente cerca de la oreja de Dreys, pero el sargento la esquivó hasta que el brazo del hombre serpenteó, acuchillándole la garganta. Dreys consiguió detener la muñeca del otro hombre, que era más menudo, durante unos segundos.

—¡Asesino, maldito asesino! —gritó Dreys.

¡*Un espía!*, pensó. ¡*He pillado a un espía!* Solo podía imaginarse que había interrumpido al tipo mientras este se hacía un plano del área del castillo.

Le propinó un rodillazo en la ingle al asesino levantándolo por los aires, tiró del brazo con el cual el otro empuñaba el arma, con la intención de retorcerse-lo.

El asesino soltó una de las manos que agarraban la navaja y le dio varios puñetazos muy seguidos a Dreys en el pecho, rompiéndole las costillas. Evidentemente, el hombrecito había sido marcado con runas de fuerza. Dreys supuso que el asesino poseía la fuerza de cinco hombres, quizá más. A pesar de que ambos eran increíblemente fuertes, los dones de fuerza incrementaban la energía de los músculos y tendones, aunque no concedían a los huesos ningún tipo de resistencia extraordinaria. Este enfrentamiento iba degenerando rápidamente en lo que Dreys llamaría «un quebrantamiento de huesos».

Le costaba dominar las muñecas del otro, que tenía asidas, y estuvieron forcejeando un rato.

Dreys oyó gritos roncros:

—¡Creo que por allí! ¡Por allí!

Se acercaron por la izquierda, la calle siguiente era la calle Bagatela, donde las casas no se amontonaban ni se arremolinaban tanto y donde sir William había construido su nueva mansión de cuatro plantas. Las voces debían de pertenecer a la Guardia de la Ciudad (los mismos centinelas que Dreys había estado eludiendo) a quienes sir William tenía sobornados para que descansaran bajo la farola de la puerta de su casa.

—¡El callejón del Gato! —aulló Dreys.

Tan solo tendría que seguir agarrando al asesino unos instantes más, y asegurarse de que el fulano no le pegara una puñalada o escapara.

En su desesperación, el sureño consiguió soltarse y le atizó otro puñetazo en la parte superior del pecho, rompiéndole más costillas. Dreys apenas sintió dolor, ese tipo de distracciones tienden a dejarse de lado cuando se lucha por mantenerse con vida.

El asesino pudo, en su furia, liberar la navaja de un tirón. Dreys sintió un arrebato de miedo y le dio una patada al asesino en el tobillo derecho; más que oír el quebrar de los huesos, los sintió.

Aquel arremetió contra Dreys, la cuchilla brillaba, y este escurrió el bulto y empujó al tipo. La navaja erró por poco, acuchillándole a Dreys las costillas, un golpe rasante.

Tras ello Dreys le hizo al hombre una llave de codo forzándolo a girar el cuerpo a medias. El asesino dio un traspie, al no poder apoyarse sobre la pierna rota. Dreys le dio otra patada en la pierna con saña y lo empujó hacia atrás.

Dreys miraba entre las sombras frenéticamente en busca de algún adoquín suelto quizá desprendido del mortero. Quería un arma. A su espalda había una posada llamada La Mantequera; además de las vides en flor y la figura del Rey de la Tierra había una pequeña mantequera. Dreys se abalanzó sobre ella con la intención de agarrar el perno de hierro y aporrear al asesino con eso.

La cuchilla enfiló bajo y entró a fondo, penetrando el abdomen y deslizándose más allá de las costillas rotas. Dreys sintió una oleada de tremendo dolor en las tripas que se desplazó a los hombros y brazos, un dolor tan intenso que Dreys creyó que el mundo entero lo estaba sintiendo.

Dreys se quedó de pie mirando hacia abajo durante una eternidad. Un reguero de sudor le entró en sus grandes ojos. El maldito asesino lo había rajado como a un pez. Mientras el asesino lo sujetaba —con el brazo armado había introducido el cuchillo hasta la muñeca en el pecho de Dreys, subiendo la cuchilla hasta el corazón—, con la mano izquierda intentaba alcanzar el bolsillo de Dreys, buscando algo a tientas.

La mano apretó el libro que estaba dentro del bolsillo, tocándolo a través de la tela del escrocón. El asesino sonrió.

Dreys se preguntó: *¿Es eso lo que buscas?, ¿un libro?*

La noche anterior, cuando la Guardia de la Ciudad escoltaba a los extranjeros del barrio de los mercaderes, un hombre de Tuulistan se acercó a Dreys. Se trataba de un mercader que había acampado cerca del bosque. El tipo no hablaba el rofehavanís muy bien y parecía algo aprensivo. Solamente dijo:

—Un regalo, para rey. ¿Tú dar? ¿A rey?

Dreys consintió tras mucho ceremonial saludando con la cabeza, mirando el libro distraídamente. *Las crónicas de Owatt, emir de Tuulistan*, se trataba de un tomo encuadernado en piel de cordero. Dreys se lo había guardado en el bolsillo con la intención de entregarlo al alba.

El dolor era tan horrible que Dreys no podía gritar, no podía moverse. Todo le daba vueltas, se soltó del asesino e intentó volverse y echar a correr, pero sintió

las piernas tan débiles como las de los gatitos, se tambaleó. El asesino cogió a Dreys del cabello por la espalda y tirando del pelo le levantó la barbilla para dejar expuesta la garganta.

Maldito seas, pensó Dreys, ¿aún no me has matado lo suficiente?

Como último y desesperado intento, Dreys se arrancó el libro del bolsillo y lo lanzó al otro lado del paseo de los Mantequeros. Allí, en el otro extremo de la calle un rosal se esforzaba por trepar un emparrado cerca de un puñado de barriles. Dreys conocía bien ese rincón, las rosas amarillas casi no se veían entre las vides oscuras. El libro se deslizó hacia ellas.

El asesino maldijo en su propio idioma, arrojó a Dreys hacia un lado y se fue cojeando en pos del libro.

Dreys era incapaz de oír nada excepto un sordo zumbido mientras intentaba ponerse de rodillas con dificultad. Divisó el movimiento del asesino que hurgaba entre las rosas al otro lado de la calle. Tres sombras más grandes venían corriendo calle abajo por la izquierda; un reflejo de espadas desenvainadas y el resplandor estelar que centelleaba en los cascos de hierro: la Guardia de la Ciudad.

Dreys se inclinó hacia delante sobre los adoquines.

Al despuntar el alba, una bandada de gansos graznó conforme volaba en dirección sur a través del plateado manto de luz estelar, y las voces, Dreys lo hubiese jurado, le sonaban a los aullidos distantes de una manada de lobos.

Los amantes de la tierra

Aquella mañana, unas horas después de que Dreys fuera agredido, y a unos cien kilómetros aproximadamente al sur del castillo de Sylvarresta, el príncipe Gaborn Val Orden se enfrentaba a no tan angustiosas dificultades. Aun así, ninguna de las clases en la Facultad del Conocimiento habría preparado al príncipe de dieciocho años de cara al encuentro con una misteriosa joven, en el magnífico mercado de Bannisferre.

Se encontraba pensativo delante de un puesto ambulante en el mercado sur, examinando los enfriadores de vino en plata pulida. El vendedor tenía muchos recipientes de hierro para elaborar cerveza, pero lo mejor eran los tres enfriadores (unos cuencos grandes para el hielo con jarras a juego más pequeñas que encajaban dentro de aquellos). Los cuencos eran de tan alta calidad que parecían de antigua artesanía duskin. Sin embargo, los duskin no existían desde hacía mil años y esos recipientes no podían ser tan viejos. Cada uno de ellos estaba marcado con las garras de un reaver y escenas de perros de caza corriendo entre frondosos árboles. Las jarras estaban adornadas con imágenes de un joven noble a caballo, con la lanza preparada, abalanzándose sobre un hechicero reaver. Una vez que las jarras se introducían en los cuencos de plata, las imágenes se complementaban unas a otras: el joven luchando contra el hechicero reaver rodeados por los perros.

Los ornamentos de los enfriadores de vino habían sido fundidos mediante algún método que Gaborn no alcanzaba a descifrar. El minucioso trabajo del platero era impresionante.

Tan maravillosos eran los artículos de Bannisferre, que Gaborn no se percató de la joven que se acercó a él hasta oler el aroma de pétalos de rosas. *La mujer que está a mi lado lleva un vestido que guarda en un cajón lleno de pétalos de rosa*, percibió de modo subconsciente. Incluso entonces, se hallaba tan absorbido estudiando los enfriadores de vino que creyó que era simplemente una extraña sobrecogida por los mismos cuencos y jarras. Hasta que la joven no tomó su mano, lo cual captó su atención, no dirigió la mirada hacia ella.

Con su mano derecha asió la mano izquierda del príncipe, sujetando sus dedos livianamente y después apretándolos. El suave tacto de la joven lo electrizó y no retiró su mano. *Quizá me confunde con otro.* La miró de refilón: era alta y bella, igual tenía diecinueve años, de cabello castaño oscuro adornado con peinetas de nácar, ojos negros, incluso el blanco de los ojos era tan oscuro que parecía un azul pálido. Vestía un sencillo traje de seda color nube con mangas largas y sueltas (un elegante estilo que comenzaba a hacerse popular entre las señoras opulentas de Lysle), con un cinturón de armiño con una hebilla de plata debajo del busto erguido, bien por encima del ombligo; el escote alto y modesto. Sobre los hombros le colgaba un pañuelo de seda en carmesí intenso, tan largo era que los flecos arrastraban por el suelo.

Resolvió que no era simplemente bella, sino despampanante.

Ella le sonrió calladamente, tímida, y Gaborn le devolvió la sonrisa clandestina, esperanzado y perturbado al unísono. La forma de actuar le recordaba las interminables pruebas que uno de los maestros mayores diseñó para él en la Facultad del Conocimiento (aunque ahora no se trataba de una prueba).

Gaborn no conocía a la joven muchacha, no conocía a nadie en la enorme ciudad de Bannisferre, lo cual era raro, no tener amistades en una ciudad tan grande con sus altísimos conservatorios de color gris y arcos exóticos, palomas blancas revoloteando en el cielo azul iluminado por el sol sobre los castaños. Y aun así, Gaborn no conocía a nadie allí, ni siquiera a algún mercader de segunda. Así de lejos se encontraba de casa.

Estaba cerca de los lindes del mercado, no muy lejos de los muelles situados en las anchas orillas de la bifurcación del río Dwindell; a un paso de la calle de los Herreros, donde las forjas al aire libre producían un rítmico tañido de martillo, un chirriar de fuelles y columnas de humo.

Se inquietó al haberse dejado llevar por la tranquilidad de Bannisferre. Ni siquiera se había molestado en fijarse en esta mujer un instante cuando ella se paró a su lado. Ya en dos ocasiones había sido objetivo de atentados contra su vida; su madre había sido asesinada, como su abuela, su hermano y dos hermanas. A pesar de ello, Gaborn permanecía allí tan despreocupadamente como un campesino con la barriga llena de cerveza.

No, decidió rápidamente, no la he visto antes. Sabe que soy forastero, pero me coge la mano. Es algo muy desconcertante.

En la Sala de los Rostros, en la Facultad del Conocimiento, Gaborn había estudiado las sutilezas de la comunicación corporal: la forma en que los secretos se revelaban ante los ojos enemigos y a cómo diferenciar entre muestras de preocupación, consternación o fatiga en las arrugas en torno a la boca de un amante.

Jorlis, maestro mayor de Gaborn, era un profesor sabio, y en los últimos largos inviernos Gaborn había destacado en sus estudios. Aprendió que príncipes, salteadores de caminos, mercaderes y mendigos todos exornaban expresiones y posturas como parte de una actitud consensuada. Así, Gaborn dominaba el arte de adornarse con cualquier traje a discreción; podía hacerse con el control de una

sala repleta de hombres jóvenes simplemente con mantener la cabeza erguida; hacer que un mercader rebajase sus precios mediante una sonrisa amenazadora. Oculto por tan solo una elegante capa de viaje, Gaborn aprendió a bajar la mirada en un concurrido mercado y hacerse pasar por pobre, moviéndose sigilosamente entre la multitud para que aquellos que lo vieran no lo reconocieran como príncipe, pero pensarán: «Ah, ¿dónde robaría ese mendigo tan fina capa?».

Así pues, Gaborn podía interpretar el cuerpo humano y continuar siendo un misterio eterno para los demás. Gracias a sus dos dones de inteligencia, podía memorizar un grueso volumen en una hora. En los ocho años en la Facultad del Conocimiento aprendió más de lo que la mayoría de los plebeyos aprenderían en una vida dedicada al estudio.

Como señor de las runas, poseía tres dones de fuerza física y dos de resistencia, y en la práctica bélica podía enfrentarse a hombres dos veces más grandes que él. Si alguna vez un salteador lo atacara, Gaborn demostraría lo mortífero que podía ser un señor de las runas.

Aunque ante el mundo, dados sus dones de elegancia, aparentaba ser poco más que un joven asombrosamente bien parecido. Y en una ciudad como Bannisferre, llena de cantores y actores de todo el reino, tal belleza era lugar común.

Ahora estudiaba a la mujer que le había cogido la mano; examinó su postura: *la barbilla alta, segura de sí misma (aunque algo ladeada). Una pregunta, me va a plantear una pregunta. El contacto de su mano, suficientemente flojo, indicando indecisión, pero suficientemente robusto lo cual indica... posesión. ¿Me reclama como suyo? ¿Quiere seducirme?*, se preguntó.

No, la postura no era la adecuada. Si hubiera querido seducirlo le habría tocado la zona lumbar, un hombro una nalga o el pecho. Aunque, mientras lo tocaba, se mantuvo firme a cierta distancia, dudando si reclamar su cuerpo.

Entonces comprendió: *me pide la mano. Algo no acostumbrado; incluso en Heredon, para una mujer de su valía su familia podría fácilmente concertar su matrimonio.* Gaborn conjeturó: *ah, debe de ser huérfana, ¿espera concertar su propio enlace!*

No obstante, esa conclusión no le satisfizo. ¿Por qué no lo concertaba uno de los nobles ricos?

Gaborn se miró desde la perspectiva de la joven: *el hijo de un mercader.* Había hecho de mercader y, aunque únicamente tenía dieciocho años, no se había desarrollado del todo. Gaborn tenía el cabello oscuro y los ojos azules, rasgos comunes en Crowthen del norte. Así se vistió como un petimetre de aquellos dominios, con más dinero que buen gusto, deambulando por la ciudad mientras su padre realizaba operaciones importantes; llevaba puestas unas medias y calzas verdes, fruncidas por encima de la rodilla, y una elegante camisa blanca de algodón con mangas abullonadas y botones de plata. Encima de la camisa vestía un chaleco de algodón verde oscuro finamente labrado con ribetes de cuero, decorado con perlas de agua dulce. Y completando el disfraz, llevaba un sombrero de ala ancha con una hebilla de ámbar que sujetaba una sola pluma de avestruz.

Gaborn se había vestido así porque no quiso ser reconocido durante su viaje, ya que su misión era la de observar las defensas de Heredon para hacerse una idea de la verdadera medida de la opulencia de sus tierras, la fortaleza de sus vasallos.

Volvió la mirada hacia su guardaespaldas, Borenson. Las calles estaban abarrotadas y estrechadas por los puestos ambulantes. Un fornido muchacho de piel tostada, descamisado y con calzas rojas, arrea una docena de cabras entre el gentío, azotándolas con una vara de sauce. Al otro lado de la calle, bajo el arco de piedra y junto a la puerta de la posada, Borenson sonreía abiertamente ante el apuro en que se veía su protegido. El guardaespaldas era alto y de constitución ancha, pelirrojo aunque con poco pelo, barba tupida y risueños ojos azules.

A su lado había un personaje esquelético, de cabello rubio muy corto, vestido con una austera toga marrón de cronista que hacía juego con los ojos castaños y el ceño fruncido a modo de desaprobación. El hombre, llamado días por su vocación de días real, cronista por decirlo de algún modo (consagrado a los señores del tiempo) quien había seguido a Gaborn desde su infancia, tomando nota de cada obra y palabra. El nombre lo había adoptado de la Orden de los Días y, como todos los de su secta, días había abandonado su verdadero nombre, su identidad propia, cuando unió su mente con la de otro de su orden. El días observaba ahora a Gaborn con interés. Alerta, parpadeando, memorizándolo todo.

La mujer que tenía cogida la mano de Gaborn siguió la mirada de este, percatándose del guardaespaldas y del cronista. Un joven noble mercader era algo habitual, pero uno seguido de cerca por un días no lo era. Esto señalaba a Gaborn como alguno de cierta opulencia e importancia, a lo mejor el hijo del artesano mayor de un gremio. A pesar de eso, ella no podía conocer la verdadera identidad de Gaborn.

Tirándole de la mano lo invitó a pasear. Gaborn vaciló.

—¿Ve algo en el mercado que le interese? —preguntó ella, con una sonrisa.

Su voz sonó tan tentadora como los pastelillos de cardamomo que se vendían en el mercado, también algo fingida. Estaba claro que quería saber si él estaba interesado en ella. Sin embargo, los del entorno pensarían erróneamente que estaba hablando de los enfriadores de vino.

—La plata está muy bien trabajada a mano —respondió Gaborn.

Mediante los poderes de su voz, puso cierto énfasis a la palabra «mano». Sin descubrir el motivo, ella creería que, en la Facultad del Conocimiento, Gaborn había estudiado en la Sala de las Manos, como lo hacían los mercaderes. *Dejaré que piense que soy un mercader.*

El vendedor del puesto, quien hasta entonces pacientemente había hecho caso omiso de Gaborn, salió tambaleándose de su toldillo rectangular y dijo:

—¿El señor desea un enfriador de buena calidad para la señora?

Hasta hacía unos instantes Gaborn solamente aparentaba ser un muchacho mercader, que luego iría a informar a su padre de los hallazgos interesantes. Pero

ahora, quizá, el mercader del puesto pensaba que se trataba de recién casados, siendo la esposa mucho más bella que él. Habitualmente, los señores mercaderes casaban a sus hijos cuando estos eran jóvenes para procurarse alianzas monetarias.

Así pues el vendedor ambulante piensa que debo comprar el objeto de plata para complacer a mi esposa. Por supuesto, tan encantadora señora estaría a cargo de su hogar. Como el mercader no la reconoció, Gaborn pensó que también ella era extranjera en Bannisferre. *¿Una visitante del norte?*

La jovencita sonrió amablemente al vendedor.

—Me parece que hoy no va a ser —le dijo burlona—. Tiene usted enfriadores muy buenos, pero en casa los tenemos mejores.

Y se dio la vuelta, desempeñando su papel de esposa de forma exquisita. Sus acciones parecían indicar que las cosas serían así si estuviesen desposados, no exigiría algo costoso.

La cara del vendedor mostró gran disgusto: era poco probable que más de uno o dos mercaderes en todos los reinos de Rofehavan poseyeran tan finos enfriadores de vino.

La muchacha se llevó a Gaborn de un tirón, lo cual le intranquilizó. En las zonas más meridionales, en ocasiones, las señoras de Indhopal llevaban puestos anillos o broches con agujas envenenadas; intentaban atraer a los viajantes ricos a una posada para asesinarlos y robarles. Igual esta belleza podía albergar un vil propósito.

Gaborn dudaba que fuese así. A simple vista, Borenson parecía más divertido que preocupado. Se rio y se sonrojó como diciendo: *¿y adónde creéis que vais?*

Borenson también era un estudioso del lenguaje corporal, especialmente el de las mujeres. Nunca corría riesgos en cuanto a la seguridad de su señor.

La mujer estrujó la mano de Gaborn, reajustando los dedos, sujetándolo firmemente. *¿Reclamaba así más atención?*

—Discúlpeme si parece que me tomo mucha confianza, buen señor —dijo—. *¿Alguna vez vio a alguien a distancia y sintió que el corazón le daba un vuelco?*

Su tacto lo excitaba, y Gaborn quería creer que, indudablemente, ella lo había visto de lejos y se había enamorado.

—No, no de este modo —negó.

Pero mentía, una vez se había enamorado de lejos.

El sol brillaba sobre ellos y asimismo el cielo. El aire que soplaba del río olía cálido y dulce, con el aroma de los campos de heno al otro lado de la orilla. Un día tan estupendo como aquel, *¿quién no se sentiría con vigor, vivo?*

El tiempo había pulido los adoquines de la calle. Media docena de floristas paseaban entre la multitud y con voz nítida intentaban atraer clientes; pasaron de largo como la brisa que ondula un campo de trigo. Sujetaban la falda del delantal con una mano, como si de un saco se tratase, lleno de colores chillones: acianos de color burdeos brillante y margaritas blancas, rosas de tallo largo de rojo y naranja intenso, amapolas y fardos de lavanda de dulce aroma.

Gaborn observó a las muchachas deambulando, y las creyó de sensacional belleza, como las alondras en vuelo, sabiendo que nunca olvidaría sus sonrisas. Seis muchachas, todas rubias o castañas claras.

Su padre había acampado con su séquito a tan solo unas horas a caballo. Rara vez le dejaba alejarse con poca escolta, pero esta vez su padre le había suplicado que hiciera una pequeña excursión por su cuenta:

—Debes estudiar Heredon. Un país es algo más que castillos y soldados. En Bannisferre, quedarás prendado de esta tierra y de su gente, como lo he hecho yo.

La joven apretó su mano aún más. En la frente aparecieron señales de pesadumbre al observar a las floristas.

De repente, Gaborn se percató de lo que era, lo desesperadamente que esta jovencita lo necesitaba. Casi se rio al ver lo fácil que le hubiese resultado quedar hechizado.

Le apretó la mano calurosamente, como un amigo. Estaba seguro de que no podía involucrarse con ella pero le deseaba lo mejor.

—Me llamo Myrrima... —dijo, permitiendo una pausa para que él alabara su nombre.

—Bonito nombre para una bella muchacha.

—¿Y usted?

—Yo, emocionado por la intriga —afirmó él—, ¿usted no?

—No siempre.

Ella respondió con una sonrisa, así exigía su nombre.

A veinte pasos, Borenson daba golpecitos con la vaina de su espada en un carro de cabras que pasaba, así indicaba que había dejado su puesto en el umbral del hotel y los seguía. El días caminaría a su vera.

Myrrima echó un vistazo.

—Es un guardaespaldas bien parecido.

—Un hombre magnífico.

—¿Viaja por negocios? ¿Le complace Bannisferre?

—Sí, y sí.

Ella retiró la mano bruscamente.

—No se compromete usted fácilmente —dijo volviéndose para mirarlo.

La sonrisa le temblaba algo. Quizá intuía ya que había concluido la caza, que no se casaría con ella.

—No, nunca. Puede que sea un defecto de la personalidad —explicó Gaborn.

—¿Y por qué no? —inquirió Myrrima, algo juguetona todavía.

Se detuvo junto a la estatua de Edmon Tillerman, que sujetaba un recipiente con espitas por las que vertía agua sobre la cara de tres osos.

—Porque hay vidas en juego —respondió Gaborn.

Se sentó en el borde de la fuente. Su presencia asustó a los renacuajos que sinuosamente se sumergieron en el agua verdosa.

—Cuando me comprometo con alguien, asumo toda la responsabilidad. Les brindo mi vida o, al menos, parte de ella. Cuando acepto el compromiso de

alguien espero lealtad total, sus vidas a cambio. Esta relación recíproca es... debe definirme.

Myrrima frunció el entrecejo, el tono tan solemne la había intranquilizado.

—No es mercader, entonces. Habla... ¡Habláis como un noble!

La observó mientras esta pensaba: supondría que no pertenecía al linaje de los Sylvarresta, no era uno de los nobles de Heredon. Sería pues un dignatario extranjero, de paso por Heredon, un país remoto, uno de los países más septentrionales entre los reinos de Rofehavan.

—Debería haberlo imaginado, sois tan hermoso —dijo—. Así que un señor de las runas que ha venido a inspeccionar nuestro país. Decidme, ¿os gusta lo suficiente como para ofrecer vuestra mano en matrimonio a la princesa Iome Sylvarresta?

Gaborn quedó admirado de la forma en que dedujo correctamente.

—Estoy sorprendido ante el verdor de vuestra tierra y de lo fuerte que es su gente —dijo Gaborn—. Es más fértil de lo que imaginaba.

—¿Aceptará la princesa Sylvarresta vuestra mano?

Seguía buscando respuestas. Se preguntaba de qué pobre castillo había salido. Se sentó a su lado al borde de la fuente.

Gaborn se encogió de hombros fingiendo menos inquietud de la que sentía.

—Únicamente conozco la reputación de la princesa —admitió—. Quizá usted la conozca mejor que yo. ¿Qué cree usted que opinaría de mí?

—Sois bastante guapo —comentó Myrrima mientras examinaba con sinceridad los hombros anchos del príncipe, el largo cabello castaño oscuro que asomaba por debajo del sombrero empenachado.

A esas alturas, ya se habría percatado de que el cabello no era lo suficientemente oscuro para ser oriundo de Muyyatin o de alguna de las naciones de Indhopal.

Fue entonces cuando quedó asombrada, con los ojos muy abiertos. Se alzó deprisa y dio un paso hacia atrás; no sabía si permanecer de pie, hacer una reverencia o caer y postrarse a sus pies.

—Disculpad, príncipe Orden. No, esto... ¡No reparé en el parecido con vuestro padre!

Myrrima retrocedió tres pasos, tambaleándose, como si deseara huir a ciegas puesto que ya sabía que no era el hijo de algún pobre barón con unas cuantas rocas por fortaleza, sino que procedía de Mystarria.

—¿Conoces a mi padre? —preguntó Gaborn levantándose y acercándose a ella.

Una vez más tomó su mano e intentó convencerla de que no se había ofendido.

—Pues yo... una vez que pasó a caballo por la ciudad cuando iba a una cacería —explicó Myrrima. Yo era una niña, pero no pude olvidar su cara.

—Siempre le gustó Heredon —dijo Gaborn.

—Sí... sí, viene con frecuencia —replicó ella, evidentemente incómoda—. Debéis perdonarme si os he causado alguna molestia, *milord*. No pretendía ser atrevida. Dios mío...

Myrrima se dio la vuelta y comenzó a correr.

—¡Alto! —dijo Gaborn, permitiendo que el poder de su voz la envolviera.

Se detuvo como si hubiese sido golpeada por un puño y se volvió a mirarlo, al igual que hicieron varias personas cercanas. Al no estar preparados, obedecieron la orden como si procediera de sus propias mentes. Cuando se percataron de que no eran objeto de atención, algunos lo miraron fijamente con curiosidad, mientras otros se marcharon nerviosos debido a la presencia de un señor de las runas entre ellos.

Repentinamente, Borenson se personó a espaldas de Gaborn junto con el cronista.

—Gracias por detenerte, Myrrima.

—Vos... Algún día puede que seáis mi rey —contestó como si estuviera razonando en voz alta.

—¿Lo crees así? —preguntó Gaborn—. ¿Crees que Iome me aceptaría?

La pregunta le sorprendió. Gaborn continuó hablando:

—Te suplico que me lo cuentes. Pareces mujer perspicaz y hermosa, tendrías éxito en la corte. Y valoro tu opinión.

Gaborn contuvo el aliento mientras esperaba una franca apreciación. No podía imaginarse lo importante que era su respuesta para él. Gaborn necesitaba esta alianza, necesitaba al robusto pueblo de Heredon, sus fortalezas inexpugnables, sus vastas tierras listas para el cultivo. Ciertamente que Mystarria también era tierra fértil (madura, con mercados muy extendidos y concurridos), pero tras años de lucha, Raj Ahten, Señor de los Lobos, había finalmente conquistado los reinos de Indhopal, y Gaborn sabía que Raj Ahten no se detendría ahí. Antes de la primavera, invadiría los reinos bárbaros de Inkarra o se dirigiría al norte hacia Rofehavan.

En realidad no importaba dónde atacara a continuación el Señor de los Lobos, Gaborn sabía que ante la inminencia de guerras no podría defender a los suyos de forma adecuada en Mystarria; necesitaba estas tierras.

Aunque Heredon llevaba más de cuatrocientos años sin entrar en guerra, las grandes almenas seguían intactas. Incluso la fortaleza de la modesta Tor Ingel, ubicada en los acantilados, podía defenderse mejor que la mayoría de los asentamientos de Gaborn en Mystarria. Por eso necesitaba Heredon, necesitaba la mano de Iome en matrimonio.

Y lo que es aún más importante, aunque no se había atrevido a admitirlo delante de nadie, en su fuero interno algo le decía que necesitaba a la misma Iome. En contra de todo sentido común, una extraña obsesión lo atraía al lugar, como pequeñas y fogosas hebras ligadas a su corazón y a su mente. Algunas noches yacía despierto mientras sentía el tirón, una extraña sensación incandescente que se deslizaba desde el centro de su pecho, como si tuviese ahí una losa candente. Esas hebras eran las que parecían conducirlo a Iome; hacía ya un año que luchaba contra la necesidad de pedir su mano y ya no podía más.

Myrrima observó a Gaborn de nuevo con esa maravillosa franqueza suya, y le entró la risa fácil.

—No —dijo—, Iome no os aceptará.

No hubo indecisión alguna en la respuesta. Lo dijo así, sencillamente, como si hubiera vislumbrado la verdad sobre el caso. Después le sonrió seductora como si insinuara: *yo sí os quiero*.

—Parece estar segura.

Gaborn intentaba hacerse el despreocupado.

—¿Es mi atuendo? He traído vestimenta más apropiada.

—Puede que provengáis del reino más poderoso de Rofehavan, pero... ¿cómo diría yo? Vuestras políticas son sospechosas.

Era una forma de acusarlo de inmoral. Gaborn se había temido tal alegato.

—¿Y por el pragmatismo de mi padre? —inquirió Gaborn.

—Hay quienes opinan que es pragmático, otros piensan que es... demasiado codicioso.

Gaborn sonrió abiertamente.

—El rey Sylvarresta opina que es pragmático, ¿pero su hija cree que mi padre es avaricioso? ¿Lo ha dicho así?

Myrrima sonrió y asintió furtivamente con la cabeza.

—Me han llegado rumores de que durante la fiesta del solsticio de invierno dijo justo eso.

Gaborn se asombraba habitualmente de lo mucho que los plebeyos sabían o suponían acerca de los asuntos de los nobles. Cosas que a menudo se pensaba que eran secretos de la corte eran debate abierto en posadas a cien leguas de distancia. Myrrima parecía estar segura de sus fuentes.

—O sea, ¿rechazará mi pedida de mano a causa de mi padre?

—Se ha comentado en Heredon que el príncipe Orden «se parece demasiado» a su padre.

—¿Se parece demasiado a su padre? —preguntó Gaborn.

¿*Cita textual de la princesa Sylvarresta, quizá?* Seguramente dicho para acallar cualquier rumor de un posible enlace. Era cierto que Gaborn tenía los rasgos de su padre, pero él no era su padre. Ni tampoco creía Gaborn que su padre fuera tan «codicioso» como lo acusaba Iome.

Myrrima poseía suficiente tacto para no decir nada más y se deshizo de la mano del príncipe.

—¡Sí se casará conmigo! —afirmó Gaborn.

Estaba seguro de que podría convencer a la princesa. Myrrima enarcó una ceja:

—¿Cómo pensáis eso? ¿Porque e sería pragmático aliarse con el reino más influyente de Rofehavan? —se rio, musicalmente, divertida.

En circunstancias normales, si un campesino se hubiera mofado de él, Gaborn lo habría azotado. Pero, en estas circunstancias, se rio con ella.

Myrrima mostró fugazmente una encantadora sonrisa.

—A lo mejor, *milord*, cuando partáis de Heredon no os iréis con las manos vacías.

Era una última insinuación: *la princesa Sylvarresta no te aceptará, pero yo sí*.

—Sería insensato abandonar la persecución antes de que comience la cacería, ¿no lo crees así? —dijo Gaborn—. En la Facultad del Conocimiento, en la Sala del Corazón, el maestro mayor Ibirmarle solía decir: «Únicamente los imprudentes se definen por lo que son. Los sabios se definen por lo que serán».

Myrrima habló nuevamente:

—Entonces me temo, mi pragmático príncipe, que moriréis anciano y solo, engañado, pensando que un día os casaréis con Iome Sylvarresta. Que tengáis un buen día.

Se giró para marcharse, pero Gaborn no podía dejarla marchar aún. En la Sala del Corazón, había, además, aprendido que a veces es mejor seguir los impulsos, que la parte de la mente que sueña se comunica a menudo con nosotros, obligándonos a actuar de forma que no entendemos. Cuando Gaborn le dijo que pensaba que prosperaría en la corte no había querido decir como su esposa o como su amante, sino que, intuitivamente, la veía como una aliada. ¿No se había dirigido a él como «*milord*»? Igualmente podía haber dicho «su señoría». No, él también notaba un vínculo.

—Espera, mi señora —dijo Gaborn.

Nuevamente, Myrrima se volvió hacia él, contagiada por el tono de voz. Al decir «mi señora» quería reclamarla. Ella sabía lo que él esperaba; devoción total, su vida. Como señor de las runas, Gaborn había sido educado para exigirlo todo de sus propios vasallos y, a pesar de ello, dudaba si debía exigir tanto a esta extraña.

—¿Sí, *milord*?

—En casa —dijo el príncipe Orden—, ¿vives con dos hermanas feas a las que cuidas y un hermano sin inteligencia?

—Sois muy agudo, *milord* —contestó Myrrima—. La que no tiene inteligencia es mi madre, no mi hermano.

Su rostro mostraba marcada pesadumbre ya que la carga que sobrellevaba era horrible. Un precio muy alto a cambio de magia. Ya era bastante duro el tomar el don de la fuerza o la inteligencia de otra persona y asumir las responsabilidades económicas de ese otro, pero era aún más doloroso si esa otra persona era un querido amigo o un pariente. La familia de Myrrima debía de ser terriblemente pobre, desesperadamente pobre, para haberse visto obligada a hacer tal cosa: otorgar a una mujer la belleza de tres, la inteligencia de dos, e intentar desposarla con algún hombre rico que los salvara a todos de la desesperación.

—¿Cómo diantre conseguiste el dinero para los marcadores? —inquirió Gaborn.

Las runas mágicas que drenaban los atributos de una persona para donarlos a otra eran excesivamente caras.

—Mi madre poseía una pequeña herencia y los cuatro trabajamos —explicó Myrrima.

Notó la tensión de su voz, quizá una vez hacía dos o tres semanas, al poco de convertirse en una bella joven, había llorado hablando de esto.

—¿De niña vendías flores? —preguntó Gaborn.

Myrrima sonrió.

—El prado detrás de casa daba poco más que para mantenernos.

Gaborn introdujo la mano en su bolsa y sacó una moneda de oro. Una cara con la cabeza del rey Sylvarresta; la otra cara mostraba las Siete Moles Erguidas del bosque de Dunn. La leyenda decía que las piedras sostenían la Tierra. Aunque no estaba muy familiarizado con la moneda local, sabía que sería suficiente para cuidar de su reducida familia durante unos meses. Cogiéndole la mano se la deslizó en la palma.

—No he hecho nada para merecer esto... —dijo, buscando su mirada.

A lo peor, se temía una proposición indecente. Algunos nobles tenían amantes, pero Gaborn nunca haría eso.

—Por supuesto que lo has hecho —replicó Gaborn—. Sonreíste y así iluminaste mi corazón. Acepta este regalo, te lo ruego.

»Algún día encontrarás a tu príncipe mercader, y de todos los tesoros que él encuentre en el mercado de Bannisferre, sospecho que serás el máspreciado.

Myrrima sujetó la moneda, sobrecogida. La gente no esperaba que una persona tan joven como Gaborn hablara con tanta elegancia y, aun así, era algo que le resultaba fácil tras años educando la voz. Lo miró a los ojos con renovado respeto, como si lo estuviera viendo por primera vez.

—Gracias, príncipe Orden. Quizá... Os digo que si lome os aceptara alabaré su decisión.

Se volvió y tranquilamente se mezcló entre el ingente gentío, dándole la vuelta a la fuente. Gaborn observó la elegante línea del cuello, la liviandad del vestido, las ardientes llamas del pañuelo.

Borenson se acercó y le dio una palmadita en el hombro a la vez que soltaba una risita ahogada.

—Ah, *milord*. Hay va un dulce tentador.

—Sí, totalmente encantadora —murmuró Gaborn.

—Fue divertido observaros. Como ella se mantuvo a distancia, examinándoos como a una chuleta en el mostrador del carnicero. Esperó cinco minutos —indicó Borenson con la mano alzada y los dedos abiertos—, ¡para que os fijaseis en ella! Pero vos, ciego como un ferrin de día, ¡estabais enfrascado adorando las bellas vasijas del vendedor! ¿Cómo es posible que no la vieseis? ¿Cómo podíais ignorarla? ¡Ay! —Borenson encogió los hombros a modo de exageración.

—Mi intención no era la de ofender —dijo Gaborn mirando a Borenson.

Aunque Borenson era su guardaespaldas y debía estar alerta por si los asesinos, la verdad es que el grandote era un hombre lujurioso. No podía caminar por la calle sin silbar a cada mujer bien proporcionada que pasara por su lado. Si no iba a los burdeles una vez por semana, silbaba incluso a aquellas con menos forma que

un saco de patatas. Sus compañeros centinelas a veces bromeaban que un asesino escondido en el escote de una mujer nunca le pasaría inadvertido.

—No me he ofendido —respondió Borenson—. Intrigado, quizá, perplejo. ¿Cómo no pudisteis fijaros en ella? Como poco, deberíais de haber percibido su perfume.

—Sí, huele muy bien. Guarda el traje en un cajón forrado de pétalos de rosas.

Borenson puso los ojos en blanco de forma espectacular y rezongó; se había ruborizado y su mirada revelaba cierta excitación e intensidad. Aunque fingía estar bromeando, Gaborn observó que Borenson había quedado prendado de esta belleza septentrional más de lo que quería admitir. Si Borenson pudiese salirse con la suya, estaría siguiendo a la muchacha.

—Al menos, *milord*, ¿podíais haber permitido que os curara esa rampante dolencia de virginidad que padecéis!

—Es una enfermedad común entre los hombres jóvenes —dijo Gaborn, ofendido.

A veces Borenson se dirigía a Gaborn como si fuera un amigo de copas.

Borenson enrojeció más todavía.

—Como debe ser, *milord*.

—Además —añadió Gaborn— si consideramos el precio que un espurio supone para un reino, es peor el remedio que la enfermedad.

—Imagino que la cura vale la pena a cualquier precio —dijo Borenson con añoranza haciendo un movimiento con la cabeza hacia donde Myrrima se había marchado.

Inesperadamente, a Gaborn se le ocurrió una idea. Hubo un gran geómetra que le contó que cuando descubría la solución a una ecuación difícil, sabía que su respuesta era la correcta porque lo notaba de la cabeza a los dedos de los pies. En ese momento, mientras Gaborn consideraba la posibilidad de llevarse a la joven a Mystarria le entró esa misma sensación de estar en lo cierto. Efectivamente, notó la misma obsesión abrasadora que lo atrajo a estas tierras en primer lugar. De nuevo anhelaba llevar a Myrrima a Mystarria y, de súbito, vio la forma.

Miró a Borenson para corroborar su corazonada; el guardaespaldas estaba de pie a su lado, le sacaba más de una cabeza y tenía las mejillas sonrosadas como si se avergonzara de sus propios pensamientos. Los ojos del soldado, risueños y azules, parecían brillar con luz propia. Y aunque Gaborn nunca lo había visto estremecerse en el campo de batalla, en ese momento le temblaban las piernas.

Al otro extremo de la calle, Myrrima dobló una esquina entrando en un callejón estrecho del mercado y comenzó a correr. Borenson negaba con la cabeza con pesar como preguntándose: *¿cómo habéis podido dejarla marchar?*

—Borenson —susurró Gaborn—, rápido, ve tras ella. Preséntate gentilmente y tráemela, pero deja tiempo para que podáis hablar mientras vais andando, pasead sin prisa. Dile que le pido audiencia tan solo unos instantes.

—Como vos deseáis, *milord*—dijo Borenson.

Salió corriendo tan rápido como solamente pueden hacerlo los que han recibido el don del metabolismo; la multitud se abrió ante el gran guerrero quien esquivaba diligentemente a los que eran muy lentos o torpes y no se apartaban de su camino.

Gaborn no sabía lo que Borenson iba a tardar en recogerla, por lo que se escondió bajo la sombra que daba la posada. El días lo siguió, y juntos permanecieron allí fastidiados por una nube de abejas. La fachada de la posada tenía un «jardín aromático» al estilo septentrional. En el tejado de paja había entremezcladas semillas de campanillas azules, y una profusión de jardineras en las ventanas y macetas que contenían plantas trepadoras de todas clases: lágrimas doradas goteaban de las pálidas madre selvas en las paredes; malvas, cual delicadas perlas, que ondeaban con la suave brisa; dipladenias gigantes (rosas como el alba) casi sofocadas por el jazminero. E intercalados con todas ellas había rosales que trepaban por todas las paredes, como salpicaduras de melocotón. En el suelo había hierbabuena, manzanilla, hierbaluisa y otras especias.

En el norte, la mayoría de las posadas estaban adornadas con esas flores puesto que así se disimulaban los ofensivos olores del mercado, y las hierbas frescas de estos jardines se utilizaban para el té y las especias.

Gaborn se colocó bajo el sol nuevamente, lejos del pesado aroma de las flores; su nariz no le permitía quedarse allí parado.

Al poco, regresó Borenson, con la manaza derecha cuidadosamente apoyada en el codo de Myrrima; como si quisiera protegerla por si resbalaba en los adoquines. Una visión entrañable.

Cuando ambos llegaron delante de Gaborn, Myrrima hizo una ligera reverencia.

—*Milord*, ¿deseabais hablar conmigo?

—Sí—contestó Gaborn—. En realidad, estaba más interesado en que conocieras a Borenson, mi guarda.

Omitió la palabra «espaldas», siguiendo la costumbre de Mystarria.

—Ha sido mi guarda durante seis años y es capitán de mi guardia personal. Es un buen hombre, en mi opinión, uno de los mejores en Mystarria. Sin lugar a duda, el mejor soldado.

Las mejillas de Borenson enrojecieron y Myrrima miró al soldadote, sonriendo discretamente, sondeándolo. No le habría pasado desapercibido el hecho de que Borenson poseía el don del metabolismo al cual hacía honor. La rapidez de sus reacciones, la aparente incapacidad de estar quieto eran señales decisivas.

—Borenson ha ascendido recientemente al cargo de barón del reino y se le ha otorgado la titularidad de terrenos y una finca en... Drewverry March.

Gaborn reconoció de inmediato su error, conceder tan extenso dominio era algo precipitado. Pero ya había pronunciado las palabras...

—*Milord*, no he tenido noticias... —comenzó a decir Borenson, pero Gaborn hizo una señal para que guardara silencio.

—Como decía, ha sido un ascenso reciente.

El inmueble de Drewverry era uno de los principales bienes, más terreno del que Gaborn solía conceder a un soldado distinguido a cambio de una vida de servicio, si lo hubiese pensado con tiempo... *Pero ahora, Gaborn meditó, este generoso acto servirá para que Borenson sea mucho más leal, como si la lealtad de Borenson pudiese flaquear.*

—En cualquier caso, Myrrima, como puedes ver, Borenson ocupa gran parte de su tiempo a mi servicio. Necesita una esposa que le ayude a administrar sus bienes.

La expresión de sorpresa en el rostro de Borenson era digna de contemplación. Esta enormidad de hombre estaba evidentemente enamorado de la bella norteña, y Gaborn casi los había obligado a casarse.

Myrrima observó la cara del guardia sin reservas, como si se fijara por primera vez en la solidez de la mandíbula, la impresionante protuberancia muscular bajo el chaleco. No lo amaba, todavía no, y quizá nunca lo amaría. Se trataba de un enlace concertado, y casarse con un hombre cuya vida avanzaba el doble de rápida, alguien que envejecería y moriría mientras que ella se mantenía a flote hacia la edad madura, no era una proposición extremadamente tentadora. Pero atentamente, reflexionó sobre las ventajas de tal enlace.

Borenson permanecía estupefacto, como un niño al cual han sorprendido robando manzanas. Su rostro decía que contemplaba la unión, esperaba que así fuera.

—Ya te dije que pienso que prosperarías en la corte —le dijo Gaborn a Myrrima—, me gustaría que te incorporaras a mi corte.

Ciertamente, la joven se hacía cargo de la situación. Ningún señor de las runas la desposaría. Lo mejor a lo que podía aspirar sería un príncipe mercader, entorpecido por una lujuria adolescente.

Gaborn le ofrecía un cargo en el poder (más de lo que podía esperar normalmente) con un hombre honorable y decente cuya vida lo había condenado a una existencia extraña y solitaria. No había promesa alguna de amor, pero Myrrima era una mujer práctica que había tomado la belleza de sus hermanas y la sabiduría de su madre. Con estos dones, podía ahora asumir la responsabilidad de sus familiares arruinados. Conocía la carga que conllevaba el poder, tendría que ser la mujer perfecta para ocupar un puesto en Mystarria.

Miró a Borenson a los ojos durante un largo instante, el rostro y la boca firmes mientras contemplaba la oferta. Gaborn observaba, una vez realizada la proposición, que ella se había percatado de la trascendencia de esta decisión.

Casi de forma imperceptible, asintió con la cabeza y cerró el trato.

Borenson no vaciló un instante, al contrario que la indecisión de Myrrima hacia la propuesta de Gaborn, le cogió la delgada mano con ambos puños y le dijo:

—Deberás comprender, bella dama, que mi lealtad principal siempre estará con mi señor, sin importar la creciente fuerza de mi amor por ti.

—Así debe ser —replicó Myrrima en voz baja, asintiendo ligeramente con la cabeza.

El corazón de Gaborn hizo cabriolas. *He conquistado su amor, al igual que lo hará Borenson* —pensó.

En ese momento, se sintió extraño, como si una gran fuerza se hubiera apoderado de él. Aparentemente, podía sentir esa fuerza como un golpe de viento que lo rodeaba, invisible, potente, y sobrecogedora.

Se le había acelerado el pulso. Miró a su alrededor, seguro de que tal sensación debería tener una causa (un corrimiento de tierras antes de un terremoto, una tormenta inminente) pero no vio nada fuera de lo común. Los que estaban en torno a él no parecían preocupados.

Y aun así sentía la tierra preparándose para moverse bajo sus pies, las rocas para retorcerse o respirar o gritar. Una sensación perceptiblemente curiosa.

Tan bruscamente como hubo llegado la ráfaga de fuerza, se disipó. Como una racha de viento volando sobre la pradera, oculta, mas sutilmente desordenando todo a su paso.

Gaborn se secó la transpiración de la frente, inquieto. *He recorrido miles de kilómetros haciendo caso a una llamada distante y silenciosa. ¿Y ahora siento esto?*

Parecía una locura. Les preguntó a los otros:

—¿Sentís..., no sentís algo?